

ALFREDO BRYCE ECHEНИQUE

EL CABALLERO DE LA DESMESURA

Cuando todos los escritores quieren ordenar el cuarto del niño (que es la vida), este elegantísimo, culto y exitoso peruano sesentón, sólo quiere desordenarlo. Dejarlo, ojalá, convertido en un feroz enredo creativo. Sin e-mail, con casi una docena de novelas y otros tantos relatos y cuentos publicados, va por la vida poniendo un pie en Peruggia, otro en París y los dos en Lima. A él lo quiere todo el mundo, a él todo se le perdona. Entonces, veamos por qué.

POR MARÍA CRISTINA JURADO

FOTOGRAFIAS: ALVARO DE LA FUENTE

Cortázar fue mi voluntad de libertad, el que me enseñó a escribir en forma deshilachada. Un día en París, tuve un sentimiento tan puro de libertad que es imposible: una noche lo vi a él en un acto público, lo escuché. En vez de presentarme "yo soy peruano, etcera" me fui a mí casa y lo vi, toda la noche. Sintí esa misma sensación que el tema de escribir como le diera la gana, porque él inventaba. Yo estaba consciente de que había estado escribiendo unas cosas terriblemente empachadas. Cortázar me enseñó a salir de la caja. Fue una revelación y, aunque yo no creo en la magia, pienso que tuvo mucho de magia. Después, escribí un cuento que no se parecía en nada a Cortázar: el me enseñó quién era yo, me abrió la compuerta. Porque las grandes influencias de un escritor no son a quienes tú imitas, sino las que te revelan quién eres tú. Cortázar me sacó de mi traba y me puso a escribir con naturalidad hasta el día de hoy. ¿Qué otros escritores me han influido? Pues, todos los de la desmesura, de "desorden": los de la desorden, del desorden de la vida. La vida es una cosa loca, desordenada, es como el cuarto de un niño: llega la mamá y lo ve con todos sus juguetes rotos y el niño no sabe por qué llora o por qué tiene solo quebrados sus juguetes. Y tú tienes que ordenar esta vida en tu novela. Pero hay ciertos escritores que no quieren ni ordenar el cuarto. Ciertos escritores que queremos meter ese desorden en nuestro libro, entonces, ahí nace la desgracia, el párrafo roto, ahí está toda la tradición de Cervantes, de Rabelais, de Céline, que son los escritores de la calidad de la conversación, de contar el cuento de la vida:

Tas palabras caen en cascada, resbalan sobre el temo impecable de factura inglesa, fluyen como agua espumante, en su voz suenan delicadas y cristalinas, pero las hay también espesas y desafinadas.

Hay que dejar hablar a Bryce Echenique.

No se puede encerrar su verbo, imposible atrapar sus ideas, habría que, en realidad, apagar la grabadora para asistir al espectáculo impotente de sus palabras. Se le perdona todo a Bryce Echenique.

Que llegue 42 minutos atrasados a la cita. Que diga que ya, ahorita no más bajo, esperame que voy, y que no baje (dos veces). Que, muerto de la risa, arrapane la pregunta número cuatro con la segunda cerviza y que hasta espere, sin empacho, que un café certificado aporta un desfile nuboso ante el deseo calido de un buen *blandy mary*. A este peruano sesentón y genial, de amonjas gruesas, corbatas de seda y manos amables se le predican, al

poco, más cosas que a otros hombres. Y es que con su colección de novelas, cuentos y relatos escritos durante treinta años con el poder puro y duro de su talento, con ese singular brillo para relizar no tanto de los demás como con los demás (¿quién no amó a Martín Romana?) se ha quedado una pila de derechos humanos propios, entre los que destaca el de la amistad el más íntimo en la vida para él. Amigo de sus amigos Bryce Echenique coleccióna dichos humanos por distintos países: vivió más de 30 años en Europa y, ni más que decirlo, sus amigos de Madrid, París, Peruggia y otros lugares se dejarían partir la cara de una bofetada antes que escuchar que alguien en la discoteca era sus presencias. Los de Lima (volvió hace dos años), igual cosa.

Bryce mira la existencia con un humor ácido, a veces cínico y compasivo, siempre ajado. Llama lo que posiblemente lo mejor que ha convertido esta oscura narrativa en su profesión. Bryce se niega él mismo, de sus marías y dolores, de sus miedos y cansancios, de sus latus llacos y de sus victorias. Como nadie. Se niega él mismo a ser caja de limpias, a veces con los ojos humedecidos por el humor y el trago, otras con candidez e ilusión. Hasta tiene la osada de encontrarse "muy, pero muy ridículo a veces" y se derrota. Parece que pasa por la vida sin estrellarse contra las piedras como todos. Lo de él más bien es un sobrevalor sus días y noches montado en un cuaderno y un par de lápices, o en un computador y un teléfono, da lo mismo. No conoce el e-mail ni le interesa, "yo uso el correo de India" y a veces dice cosas que desconfundir: como "yo me llevo fatal con el éxito, no soy nada exitoso". Señaló muchos los que se preguntaron —entre tanta carcajada ironica— cómo fue que a sus memorias las Iannó Permía para vivir len estos días preparó el segundo volumen si este hijo de familia peruviana burguesa jamás le ha pedido permiso a nadie ni a nadie para hacer todo lo que buenas mente ha querido, sobre todo, vivir. Y es que Bryce, nacido en 1939 y con casi una docena de novelas publicadas —un mundo para fulir lo lento a la fama internacional en 1970 y la vida exagerada de Martín Romana lo contagio en 1981— y con otros tantos volúmenes de cuentos, relatos y artículos periodísticos, tendría mucho que contárselo a sus nietos, si los tuviera. Pero no los tiene, como tampoco hijos y hoy pasando los 62, no solo no se arrepiente sino que justifica su decisión: "No hablo, solo escribir una línea con la joya y me hubiera muerto de desesperación. Yo fui Jimmy y no fui de lo mejor, yo no hubiera querido que nadie celara lo que editara alguien que se pareciese a mí".

Si lo dice en broma o lo medita en serio, nunca se sabrá.

Así es Alfredo Bryce que ahora trajo a Chile *Zobarno & Friends*. Y así son, probablemente, sus cientos de miles de lectores repartidos por el mundo. Aquellos que, junto a su creador, viven la vida al apa de Martín Romana, de Julius o de Terzán sin sus amigalatés.

un acto solitario

—Entonces Cortázar lo hizo escribir *Con Jimmy en Paracas, su primer veloto oral*...

Dijeron que él me reveló cuándo era yo como escritor. Y eso fue un arrebato: me devore el mismo tiempo físico en que me demoraba en escribir doce páginas a máquina. La gente, al leerlo, me decía "está trabajadísimo" y yo sonreía. No tenía ni una sola corrección, estaba escrito de corrido. Yo el primero que me salió. Fue la revelación cortazariana que se encumbró en ese relato. Después empecé a escribir otra sobre las inquietudes de Julius y lo escribí a lo largo de 600 páginas. Una cosa muy fluida que disfruté enormemente. Ulegó el verano en París y todos se fueron de la ciudad menos yo, yo no parecía de esas fiestas.

—Por ahí usted fue construyendo su estilo oral, que lo llevó a la fama. ¿Es difícil escribir así?

No sé, yo no puedo de otra manera. Tienes que producir al lector la ilusión de lo hablado, deluento de la vida. Cuentas una historia y se tiene que escuchar como una grabación pollo que no es una grabación! Yo lo sé porque una vez tuve un accidente, me rompi el brazo y no podía escribir. Dijo "vay a grabar". Y grabé y pasé a un jesuita en el poliplo, cuando un sacerdote aburrido, triste y patético. Un jesuita obeso, calvo, sucioso y mal barbado. Y ahí me di cuenta de todo el trastorno que hay en escribir la ilusión del cuento, en la oración. Es un trabajo muy fino de elección de sonidos de palabras, de voces, de repeticiones, de palabras boradas para crear la ilusión de una conversación.

—...de palabras boradas?

Como "también". Puedes decir tres veces "también" en un mismo párrafo. Los norteamericanos tienen una forma perfecta: *anyhow* o *anyway*. Uno tendría que decir "como quiera que sea" con lo cual arruina una carrera de obstáculos en la novela. El trabajo de uno es evitar esa frase, darle naturalidad. A veces es indispensable doblegar el habla. El único elemento mágico de un libro es el lenguaje, tú no sabes quién es cuando estás creando; no sabes si te va a responder o no.

—Los que siempre le responden son sus amigos por

El Caballero de la desmesura [entrevista] [artículo] : María Cristina Jurado.

AUTORÍA

Bryce Echenique, Alfredo, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1900

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Caballero de la desmesura [entrevista] [artículo] : María Cristina Jurado.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)